

« mismo Señor, tengan unos el estómago satisfecho con espléndidos y costosos manjares, y estén los otros pereciendo de hambre. Pecado es que esté la polilla comiendo los vestidos que os sobran, no teniendo los pobres con qué cubrir sus carnes. ¿Por qué no atendeis á que nacimos todos iguales á este mundo, á que caímos desnudos á la tierra, á que tenemos la misma condicion humana, á que servimos á un mismo Señor, y á que hemos de salir de esta vida y estar juntos en el cielo? ¿Por qué no comerán á nuestra mesa los pobres, que después nos acompañarán entre los ángeles?» Conducido por estos principios, daba siempre lo que tenia, y aun mas de lo que tenia, segun la expresion de san Ambrosio.

Este es, señores, Eloy vuestro tutelar y patrono: este, repito, es vuestro ejemplar y maestro. La integridad de sus costumbres, el noble desinterés y fidelidad en las obras de su profesion, su aplicacion al trabajo y á los ejercicios de piedad, su celo por la honra y gloria de Dios, y sus entrañas de caridad con los pobres, sus vigiliass, ayunos, penitencias, sus trabajos apostólicos por la iglesia en todos los estados de su vida, que le elevaron á tanta gloria, son otros tantos poderosos motivos de imitacion, así en orden á vosotros, como por parte de los preladoss de la Iglesia. Teman todos despreciar su ejemplo y su fidelidad en las funciones de su ministerio, porque en el día de la ira será un terrible fiscal, que acusará vuestra negligencia é infidelidad, la relajacion de vuestras costumbres, vuestra falta de celo por la honra de Dios y por el alivio de los pobres.

« Vosotros pues, hermanos míos, » concluyo con palabras de vuestro padre Eloy, « no desprecieis estas verdades que me ha parecido proponeros para vuestra salud. Delante del acatamiento de Dios y de toda la corte celestial que me escucha, he procurado cumplir con la obligacion de mi ministerio. La vuestra es abrazar esta doctrina, haciendo siempre la voluntad de Dios, para conservaros limpios de toda mancha. » Atended á la cantera de donde habeis sido cortados. Si Eloy es vuestro tutelar y patrono, que sean de Eloy vuestras obras. Este es el verdadero culto que espera de vosotros: este el que la Iglesia nuestra madre se propone en las solemnidades de los santos: este finalmente el que Dios quiere de vosotros para bien de vuestras almas, y para que su adorable nombre sea glorificado en los cielos y en la tierra. Amen.

SERMON

DE LOS SANTOS MÁRTIRES

EMETERIO Y CELEDONIO (*).

(DE SANTANDER.)

Hi sunt duæ olivæ, et duo candelabra in conspectu Domini terræ stantes.

Estos son dos olivos y dos candeleros, que están delante del señor de la tierra.

Apocal. c. 11. v. 4.

Qué esperais oír de mí, amado pueblo mio, al mirarme interrumpir los sagrados misterios del altar, y presentarme en este honroso puesto, cátedra del Espíritu santo? ¿Imaginais acaso que vengo á preconizar vuestras glorias, publicar vuestros blasones y eternizar con mis alabanzas vuestras dichas? ¿Creeis por ventura que pretendo hacer presente la santidad, antigüedad y prerogativas de esta iglesia, demostrándola en sus principios religiosísimo monasterio, en que desde tiempo inmemorial se ofreció á Dios noche y día sacrificio de alabanza por los santísimos monjes que le habitaban? ¿O que la represente como insigne abadía fundada por el gran rey Alonso el Casto, dotada por el señor rey don Fernando, y enriquecida con el absoluto dominio del pueblo por don Alfonso VIII, el que postró á la morisma en las Navas de Tolosa (1); siendo tan estimable esta dignidad de abad, que vino á obtenerla el infante don Sancho, hijo de san Fernando, que después fué

(*) Predicado en la iglesia catedral de la ciudad de Santander el año de 1790.

(1) *Nemo habeat dominium in villa, nisi tantum Abbas. S. Emeterii. Tit. concess.*

electo arzobispo de Toledo? O finalmente, ¿quereis que la ponga á vuestra vista bajo el honroso aspecto de iglesia catedral en que el divino culto se ejercita con limpieza, magnificencia, gravedad, pausa y devocion, siendo sus venerables individuos norma de la mayor asistencia, dechado de la piedad y centro de la sabiduría?

Y vosotros, nobles ciudadanos, ¿esperais que me dilate en las glorias de nuestra patria, diciendo que ya en los tiempos de Plinio era célebre, pues la hallamos demarcada por este autor con el nombre de Blendio, y estimada por uno de los primeros puertos del Océano cantábrico? ¿Pretendeis que adelantando un poco la vista os recuerde vuestra invicta fortaleza con que fuisteis terror de la romana lanza, y del alfange morisco, siendo vuestra diversion las armas, vuestro descanso el pelear y vuestra costumbre ser los primeros en las batallas, llevando en vuestros férreos brazos el terror y espanto de vuestros enemigos (1)?

Si en esto quereis que ocupe el ministerio apostólico, haceis notable injuria en pensar que yo condescienda con vuestra peticion. Si esto esperais de mí vivis muy engañados: vengo, no puedo negarlo, á poner os presentes vuestras glorias: determinado estoy, es verdad, á manifestaros vuestras dichas, vuestras grandezas, vuestras felicidades; pero no á colocarlas en apariencias mundanas, que solo contribuyen al corazon con un todo de vanidad y una nada de sólida y verdadera virtud. Apartad pues de vuestros espíritus todas aquellas magníficas ideas que hayais formado de la antigüedad de vuestras familias, de las memorables hazañas de vuestros antepasados, de la opulencia de vuestras riquezas, de lo sobresaliente de vuestros trabajos y talentos, brillantez y majestad de vuestros empleos, pues ninguna cosa de estas, ni todas juntas pueden constituir vuestra felicidad. Vuestra envidiable dicha, vuestra apreciable gloria consiste en tener en vuestro poder y á vuestra vista aquellos dos héroes de la religion, aquellos dos invictos mártires de Jesucristo, aquellos dos inclitos protectores en que hallais remedio para vuestras dolencias, socorro contra los ímpetus de los mares, refugio y amparo en las penurias y escaseces

(1) *Cantaber ante omnes hiemisque, æstusque, famisque, nec vitam sine Marte pati quippe omnis in armis... Pacato in Panegyri. Plinii.*

de la tierra, consuelo contra las irrupciones del aire, y asilo contra las voraces llamas del fuego: aquellos son, ya sabeis que os hablo de san Emeterio y Celedonio, en quienes debeis colocar vuestras felicidades y dichas, rindiéndoles reverentes cultos, continuas y repetidas adoraciones, que se terminen no en los santos, sino en Dios, como en último fin de nuestros cultos y adoraciones; para que este Señor os conceda acompañar sus almas en el cielo, ya que en la tierra poseeis la parte principal de sus cuerpos, que es la cabeza: *Hi sunt duæ olivæ, et duo candelabra in conspectu Domini terræ stantes.*

Estos son, amada patria mia, dos olivas fructíferas que adornan el fértil campo de la Iglesia, y dos candeleros que alumbran la santa casa del Señor. Su luz nos descubre aquellas grandes verdades tan lastimosamente ignoradas, ó desatendidas en el mundo: no son condignas las pasiones y tormentos de esta vida á la grande gloria que esperamos: las cárceles, los grillos, las cadenas, los destierros, los azotes, los potros, las ruedas, las navajas, las espadas y las hogueras, pierden todo su furor á vista de una eternidad feliz que con ellas se consigue. Ciertos estamos, nos dicen los gloriosos Emeterio y Celedonio, que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni criatura alguna nos podrá separar de la caridad de Dios, que está en nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién á la hermosa luz que arrojan estos brillantes candeleros no percibe una fe viva, una esperanza cierta, una caridad heróica en nuestros mártires? ¿Quién no ve la fealdad de la culpa, la hermosura de la gracia, la incomprendible felicidad de la gloria, y todos los otros preciosos frutos de que se miran colmadas estas místicas olivas? Á la verdad, señores, la luz colocada sobre estos dos candeleros nos ilustra: los frutos de que se miran colmadas estas dos frondosas olivas, nos mueven, y ambas cosas nos evidencian la excelencia y la gloria de su martirio. Ved aquí en dos palabras mi asunto. Dividirémosle en dos partes para hacerle mas perceptible: en la primera hablaremos de la excelencia de su martirio: en la segunda diremos algo de la gloria de su martirio. Quiera el Señor concedernos sus auxilios para que hablando dignamente de sus gloriosos mártires Emeterio y Celedonio, nos animemos y resolvamos á perder la vida ántes que la divina gracia, así como ellos derramaron su sangre ántes que perder su fe. Esto os suplicamos, Señor, por la intercesion de la Reina

de los mártires, vuestra dulcísima y benditísima madre, á quien reverentes y devotos saludamos diciendo: *Ave María*.

PARTE PRIMERA.

Si yo no hablase con vosotros, que os hallais ilustrados con las luces de la fe, me seria verdaderamente difícil y aun casi imposible establecer la excelencia del martirio. Ciertamente no es fácil hallar la gloria en la confusion, el honor en el oprobio, y la alabanza en la infamia. No es fácil hacer honrosas las horcas, las parrillas, las cruces y otros instrumentos ignominiosos de una muerte vergonzosa. Por esto los paganos tenian el martirio de los cristianos por infame y abominable. Ellos no los miraban sino como culpados, á imitacion de los judíos que insultaron la cruz de Jesucristo, mirándola como instrumento de la muerte de un blasfemo que se decia hijo de Dios, y de un malhechor que destruía la ley del gran Moises. Pero vosotros, amados míos, que mirais con los ojos de la fe, dais á la cruz de Jesucristo la gloria que la pertenece, y á los instrumentos del martirio el honor que les es debido. Sí, señores. Nosotros honramos justamente la muerte de nuestros gloriosos mártires Emeterio y Celedonio, y no podemos traerlos á la memoria sin llenarnos de admiracion. Su martirio es el complemento de su virtud y mérito, de la semejanza é imitacion de Jesucristo, y la prueba mas convincente de la única y verdadera religion. Ellos padeciendo la muerte se forman su mérito para con Dios, su semejanza con Jesucristo, y confirman su religion: tres verdades que nos evidencian la excelencia de su martirio, y demuestran mi primera proposicion.

Aunque la muerte en general sea la pena del pecado, no deja sin embargo de contener en sí cierta gloria secreta que destierra enteramente ó disminuye en gran parte el natural horror que nos infunde. Si el cuerpo, dice san Agustin, fuese inmortal, se debilitaria nuestra fe, y se desarreglarían nuestras costumbres; porque apoyándonos sobre nuestra inmortalidad nos entregaríamos á todos los placeres del sentido y á todas las vanidades del mundo. Pero como somos mortales, la fe nos enseña á recurrir á Dios é implorar el socorro del cielo para conseguir por medio de una muerte inevitable una vida sempiterna. La fe vió fué la que empezó á formar el mérito de nuestros mártires.

Ellos se hallaban perfectamente instruídos en la religion desde su niñez en la casa de sus santos padres y hermanos. Marcelo y Nona, dignos de inmortal memoria, se habian desvelado en dar á sus doce hijos una educacion cristiana; las grandes verdades de la fe eran la frecuente materia de sus conversaciones; y aunque miraban á sus hijos ya jóvenes robustos y en el peligroso ejercicio de la milicia, tuvieron la gloria de que ellos observasen su doctrina, y siguiesen su ejemplo dando la vida por Cristo.

En efecto, Emeterio y Celedonio sabian que el alma se gana cuando se pierde por Dios: que la sangre se consagra cuando se derrama por Jesucristo, y que las victorias de la fe se consiguen recibiendo heridas, y no dándolas (1). Y así al presentarles el tirano la precision de ofrecer sacrificio á los ídolos, ó prepararse á los mayores tormentos, no balancearon un momento sobre el partido que debian abrazar, sino que hablando consigo mismos dijeron: nosotros, criados desde nuestros primeros años en la escuela de Jesucristo, ¿habíamos de ofrecer ahora incienso sobre los sacrílegos altares de unos ídolos de palo, de piedra ó bronce, que tienen ojos y no ven, piés y no andan, manos y no palpan, oídos y no oyen, boca y no gustan ni hablan? Nosotros, hijos del gran Marcelo, aquel héroe de la religion, cuyos misterios él mismo nos enseñó tantas veces con su lengua, y cuyas verdades rubricó constantemente con su sangre, ¿habíamos de infamar nuestro linaje, y llenar de ignominia nuestro nacimiento (2)? Léjos de nosotros la vergonzosa cobardía de negar la fe y abandonar con una infame apostasía la religion cristiana. Vengan enhorabuena los grillos para nuestros piés, las esposas y cadenas para nuestros brazos, las planchas y las uñas aceradas para nuestros cuerpos, los dogales y espadas para nuestro cuello: vengan cuantos tormentos sean imaginables, que preparados nos hallamos con la gracia de Dios, para tolerarlos por la confesion de nuestra fe.

Este rasgo de la fe de nuestros gloriosos mártires nos confunde. Nosotros alabamos su valor y confesamos su mérito;

(1) *Scientes igitur animam servari dum perditur, sanguinem sacrari dum funditur, et acceptis non inflictis vulneribus, christianam parari victoriam. In Offic. hor. sanctor.*

(2) *Absit, ut cælestis ignis se tenebris misceat. In hymn. hor. sanct.*

pero al mismo tiempo estos trabajos y estas cruces que Dios misericordiosamente nos dispensa en medio de la paz que ahora goza la Iglesia, y que tienen el lugar mismo que antiguamente ocupaba el martirio, ¿los amamos en nosotros como instrumentos de nuestro mérito, ó los alabamos en nuestros prójimos como demostraciones de su fe? ¿Los miramos en ellos y en nosotros como instrumentos de una virtud heroica y motivos de un mérito sobresaliente? ¿Qué confusión, señores míos! Ellos son comunmente la materia de nuestras impaciencias, de nuestras murmuraciones, y aun de nuestras imprecaciones y blasfemias, en vez de ser materia de nuestra prueba, de nuestra virtud y de nuestra paciencia. La pobreza, las enfermedades y las humillaciones, léjos de arrancarnos del mundo y unirnos y estrecharnos con Dios, nos abaten, nos desalientan y apartan de Dios. ¿Y respecto de nuestros prójimos, con qué ojos miramos las calamidades que les afligen? La decadencia de su estado, la pobreza de su casa, los dolores que por tanto tiempo les atormentan, ¿qué impresion hacen en nosotros? ¡Ay señores! ¡Cuántas veces los juzgamos como justos castigos de sus iniquidades, y como señales del abandono de Dios! Tan faltos nos hallamos de verdadera fe, que llegamos á decirles lo que sus enemigos á David: *Multi dicunt animæ meæ: non est salus ipsi in Deo ejus*. Tan ciegos vivimos, que la misericordia de Dios que blandamente corrige á quien ama, pensamos ser una severa justicia que castiga á quien aborrece. Aprendamos pues á mirar con los ojos de la fe los trabajos y cruces que Dios nos envía; y ya que no se nos presenten ocasiones de derramar la sangre en defensa de la religion, hagamos de los trabajos motivo de nuestro mérito y ocasion de nuestra virtud, sufriendolos con paciencia y resignacion. Pero levantemos un poco nuestros pensamientos, y consideremos que el martirio es la similitud mas propia de la muerte gloriosa de Jesucristo.

Si la ceguedad de los judíos no les dejó ver la cruz del Salvador sino como un oprobio, y su obstinacion les condujo á insultar á su mismo reparador en el momento que daba la vida por ellos; los cristianos instruídos por la fe han juzgado diferentemente, estimando la santa cruz, no como una maldicion sino como un instrumento del triunfo de un Hombre Dios, y como el trono de su gloria: *Regnavit à ligno Deus*. De la misma suerte, aunque los paganos tenian por infames los supli-

cios en que morian los mártires, los fieles han mirado siempre el martirio como una imágen y semejanza de la muerte del Salvador. Nada mas excelente y glorioso para un cristiano, que ser conforme á Jesucristo y partir con él en la vida la gloria de su cruz, para participar tambien despues de su muerte la gloria de su triunfo (1). La cierta y firme esperanza que inspiraban estas verdades eternas en el corazon de nuestros valerosos mártires Emeterio y Celedonio, les hizo padecer constantemente los mas horrendos suplicios. Nada les parecia mas amable que Jesus crucificado. Honores, dignidades, promesas, nombre glorioso, esperanzas engañosas y amenazas terribles, todo les parecia indiferente, y que no podia entrar en paralelo con la gloria del martirio á que por tantos años aspiraban: esto hacia toda su esperanza y toda su gloria, prefiriendo en su corazon las parrillas mas abrasadoras al trono mas resplandeciente; las cárceles mas horrendas á los palacios mas magníficos; las cadenas mas pesadas á las galas mas brillantes; las uñas de las bestias mas feroces á las sillas mas distinguidas de los magistrados; el hambre y la sed á los convites mas espléndidos; y estimando en mas ver sus cuerpos despedazados por las manos de los verdugos mas crueles, que mirarlos cubiertos de la púrpura de los emperadores. Á la verdad, amados míos, estos santos no quedaron defraudados de su esperanza, ni dejaron de quedar satisfechos sus deseos, porque fueron tantos y tan horribles los tormentos que padecieron, que el mismo tirano se avergonzó de publicarlos. Pero como no hay consejo ni sabiduria contra Dios, aunque el juéz mandó por un severo edicto que nadie refiriese los tormentos que padecieron y los milagros que obraron, no permitió el Señor se aboliese su memoria, ántes perpetuándola por la sucesion de los siglos, ha llegado constantemente hasta nosotros, y durará hasta la consumacion de los tiempos.

¿Y hasta dónde llegará la memoria de nuestras comodidades y placeres? ¿Qué esperanza es la que nos anima? ¿Qué vergüenza, señores, para nosotros! Para nosotros, digo, flojos y cobardes cristianos, que tenemos horror á todo lo que es cruz y penalidad, como si pudiéramos ignorar que para ser glorificados con Cristo debemos ser conformes á Cristo, y que en esta

(1) *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur. Ad Rom. c. 8. v. 17.*